
DIBUJAR EL MUNDO: INTRADUCIBILIDAD DE LA LENGUA MATERNA¹

Adriana Canseco

Decimos que una lengua es nuestra lengua materna cuando hemos nacido en ella, en el sentido en que nos hemos sumergido en su sonoridad desde antes del nacimiento. Y aunque no es posible remontarse al origen del lenguaje, si podemos saber con cierta certeza qué lengua fue el origen para nosotros. Barbara Cassin señala que la lengua materna, trae consigo “no el *origen del lenguaje* sino nuestro propio origen en él”. Pareciera, en tal sentido, que no hay nada más propio que la lengua materna, nada más íntimo y trascendental que nuestro ser hablante, la prueba viviente de la fundación de nuestra propia subjetividad en el lenguaje.

Sin embargo, decía Derrida que “aun cuando no se tiene más que una lengua materna y uno está enraizado en su lugar de nacimiento y en su lengua (...) la lengua no pertenece” porque, en realidad, es casi a la inversa: nosotros le pertenecemos a ella en virtud de que no tenemos potestad para elegirla ni de modificarla cuando la recibimos como una herencia incuestionable. Lo que dice aquí Derrida es que, en cuestiones del idioma, más bien es ella la que elige por nosotros cuando nos hace a su modo porque instala para siempre en nosotros una forma de significar, una forma singular de dibujar el mundo. “La lengua no pertenece, pertenece siempre al otro, a los otros de la comunidad. Eso es una lengua materna”, dice Barbara Cassin retomando a Derrida.

El mito de Babel explica el hecho de que existan lenguas diversas. En el relato bíblico Dios castiga la soberbia de los hombres con la imposibilidad de la comunicación y la lengua de la verdad única se divide en muchas lenguas que se diseminan por el mundo. Así se dispersa lo que hasta entonces había estado unido en y por la amalgama de la lengua del paraíso y explica como maldición el malentendido entre los seres humanos. Entonces, ¿es nuestra lengua, las lenguas, la maldición de su diversidad, el recuerdo de una diáspora que llevamos para siempre con nosotros?

Si una lengua no pertenece, entonces, ¿qué es lo que nos queda? Lo que nos pertenece, en todo caso, es su deseo. Tenemos, sobre todo, el deseo de esa lengua cuyas sonoridades juegan de modo particular y nos abren por completo el mundo a su manera.

Lo propio de la lengua, dice Derrida, es “no dejarse apropiarse (...) La lengua es eso mismo que no se deja poseer, pero que, por esta misma razón, provoca toda clase de movimientos de apropiación. Porque ella se deja desear y no apropiarse, pone en movimiento toda clase de gestos de posesión, de apropiación”.

¹ CASSIN, Bárbara. *Más de una lengua*, Fondo de Cultura Económica, México, 2014.

CASSIN, Bárbara. *Elogio de la traducción. Complicar el universal*, El cuenco de plata, CABA, 2019.

DERRIDA, Jacques. “La lengua no pertenece” en *Diario de Poesía*, n° 58, Buenos Aires, 2001.

Recuperado de: <https://redaprenderycambiar.com.ar/derrida/textos/celan.htm>

KATZ, Silvia (ed.) 2016. *Aquicito. Hablares y decires del tiempo del ñaupa*, Salta, Laralazul, 2016.

Lo que resulta tan propio de una lengua materna, lo más difícil de dominar en otra lengua es, a decir de Cassin, el cuerpo de la lengua. La lengua hecha cuerpo y con el cuerpo. De hecho, la lengua extranjera que más rápidamente se adopta es aquella que tiene más relación de cercanía con la materna. Los halos de sentido que rodean una palabra, que sobreviven y se transforman, se dispersan de una lengua a otra. Constituyen lo singular de una lengua, y se vuelven in-apropiables en la traducción.

Paradójicamente, dice Derrida, “lo más idiomático, es decir lo más propio en una lengua, no se deja apropiarse. [En] lo más idiomático de una lengua, uno se aproxima a lo que, palpitando en la lengua, no se deja aprehender (...) El idioma es lo que resiste a la traducción, pues (...) a causa de esa singularidad, se sustrae a toda posesión, a toda reivindicación de pertenencia”.

Entonces, si la lengua es lo común (lo materno en lo comunitario), lo que nos permite hacer vínculos entre lenguas, lo que permite y alienta la traducción aun a costa de pequeñas y medianas traiciones, lo idiomático es lo *inapropiable* mismo. Esta idiomática no se reduce nunca a la lengua estándar, a la síntesis global de lo decible en todas las lenguas posibles. Lo *inapropiable* de la lengua materna resta como invención idiomática y herencia, como migración y desplazamiento: *desterritorializa* y funda una nueva lengua en la lengua, como decía Deleuze. No cabe en ella normalización nacionalista posible porque sus domésticos regionalismos se astillan hasta lo irreconocible, allí donde anida la intimidad *intraducible* de una cultura.

Por lo tanto la traducción puede adoptar diferentes posturas: acercar la lengua extranjera (ajena) a la (im)propia lo más posible para hacerla cuerpo, o respetar su distancia, su extrañamiento y su extranjería, como hizo Meschonnic en su traducción de la Biblia con el fin de “hacer oír una lengua en otra” (Cassin).

En 2016, Silvia Katz, una reconocida artista salteña que lleva a cabo hace más de treinta años talleres artísticos con niños de todas las edades en los que se mezcla el dibujo, la pintura, el relato, la poesía y la música, realizó con sus talleristas un proyecto muy particular. El libro en el que se publica al final de cada año la experiencia del taller se llamó *Aquicito. Hablares y decires del tiempo del ñaupa* y recoge, de primera mano, la experiencia de esos hablantes entre 5 y 13 años en su lengua materna, las formas dialectales propias, las de sus padres, abuelos y amigos. El resultado es un singular diccionario ilustrado de lo que los lingüistas llaman *regionalismos* definidos por los chicos y chicas del famoso Taller Azul. Cuando la palabra parece esquivar aun en la definición se dan ejemplos de uso, sin formalidades ni reparos filológicos: *apasanca*, *asinito*, *cococho*, *churo*, *chuy*, *cimbar*, *cuchi*, *curcuncho*, *manchancho*, *ñaño*, *ututo*, *pilpinto*, *suri*, *tarco*, *tucu tucu*, *yuyaral*, *yutearse*. Muchas de ellas son préstamos del quechua que no solo compartió su materia léxica sino también su predilección por los diminutivos y otras construcciones propias de la región del norte argentino. En las definiciones de los chicos, esa lengua materna que nos recibe al mundo usa las palabras propias para decirse y para decir también su propio resto, sus márgenes. Allí están las palabras de *Aquicito*, tan *inapropiables* y tan *intraducibles* en sus íntimos matices. La lengua es *in-apropiable* porque solamente puede desearse, nunca poseerse: solo puede habitarse en usufructo como herencia atávica. No somos nuestro idioma, simplemente, lo hemos recibido. La lengua materna no es nunca nuestra, es de los otros, porque una lengua solo puede ser en el otro siempre otro.

Cuando escucho mentalmente las palabras de *Aquicito* (las palabras que el corrector de idioma del editor de texto ahora mismo desconoce y denuncia en su anomalía) viene el deseo de escucharlas de nuevo de una voz humana, enhebradas al descuido en el habla cotidiana, en estructuras propias y singulares, con una entonación y una cadencia particular y tan íntimamente familiares que desarman cualquier voluntad analítica. Las palabras, las frases, están ahí, intraducibles en su amorosa sonoridad, insobornables en su rústica materia, en su doméstica calidez. Permanecen, sobre todo ellas, inapropiables cuando escapan al aplastamiento global de la lengua estándar, cuando a pesar de la olvidadiza urbanidad, vuelven a brotar desobediente y obstinadamente de generación en generación. Eso sucede cuando en la lengua materna nos permitimos traficar palabras a hurtadillas de la norma para ponerlas en el luminoso centro del idioma que nos toca y nos cobija en sus sonoridades, espontáneamente, más allá de nosotros mismos. Ese puñado de palabras está ahí, *aquicito nomas*, a la vuelta del territorio y del tiempo, para dibujar el mundo de otra forma, de la manera prestada y de la propia, la que no tenemos pero que robamos en secreto cuando nos prendamos de ese amor inmemorable.